

H. L. Mencken

## LA INTELIGENCIA DE LA MUJER Y ALGUNAS CONDICIONES BIOLOGICAS

**E**L hecho que es aún necesario demostrar en este estado, llamado avanzado de la civilización, es que la mujer está dotada de una inteligencia fina y probar también que su dueño y propietario es un mal observador, lleno de prejuicios incurables, y de una manera general de pensar, a veces muy tonta. Poco numerosos son—aun entre los feministas convencidos—los que admiten la inteligencia de la mujer como una cosa evidente. En la práctica todos creen indispensable acumular una multitud de pruebas para establecer lo que debería ser un axioma. Uno de los más eminentes entre ellos, Mr. W. L. George, habiendo consagrado todo un libro a tal demostración, le ha dado un título que él cree sensacional: «La inteligencia de la mujer». Como si él consagrarse la laboriosa obra a la lascivia de los puritanos o la imbecilidad de los senadores.

Desde luego, las mujeres no sólo están solamente dotadas de inteligencia, sino que la tienen en sus formas sutiles, preciosas y casi privilegiadas. A decir verdad, la inteligencia podría ser descrita como una cualidad

específicamente femenina. Bajo numerosos aspectos está llena de feminidad. Los hombres son fuertes y valientes; saben amar, esperar y ser fieles; los hombres con romancitismo, se apasionan por aquello que ellos creen que es la virtud y la belleza. Saben sufrir. Sí. Pero desde que tienen una inteligencia brillante, desde que demuestran cualquier capacidad y algún ardor por la búsqueda de la verdad, se revelan femeninos y siempre inspirados por la leche de la madre.

«El ser humano—ha dicho George—según Weininger, no es jamás enteramente masculino o femenino. No hay en realidad, ni hombres ni mujeres, sino sólo seres en que las tendencias de uno de los sexos domina.»

Encontradme un hombre indiscutiblemente inteligente, un hombre exento de sentimentalismo y de ilusiones, un hombre que no sea fácil de engañar, en fin, un hombre de primer orden, y yo os mostraré, siempre, en él, una parte de feminidad. Es el caso de Goethe y de Bismarck. Y también el de Bonaparte.

Los caracteres propios del hombre, las cualidades exclusivamente masculinas son exactamente las del salvaje. ¿El hombre de las cavernas, no tenía a toda hora, fuerza y valor? Sin una mujer que lo gobierne y piense por él, el hombre—angel o caricatura—ofrece ante la vida el espectáculo de un baby adulto. . . .

Se podría demostrar fácilmente, en efecto, que el talento superior, en el hombre, está siempre perfumado de feminidad y que, de resto, la masculinidad y la bestialidad son más o menos lo mismo. Que se me comprenda bien: no quiero decir que la masculinidad no contribuya en nada a este complejo que llamamos talento; lo que quiero decir es que éste no está completo sin la contribución femenina, y que en realidad es un producto de una reacción de los dos elementos. Las mujeres de genio presentan la imagen opuesta. Pensad en Jorge Sand, en Catalina Segunda, en la reina Isabel. . . .

La verdad es que ninguno de los sexos, a menos de estar fertilizados por un carácter complementario del otro, sería capaz de llegar a un alto grado de la actividad humana. El hombre, sin la contribución saludable de la mujer, es demasiado tonto, iluso y romántico; llevado fácilmente por su imaginación, puede llegar a ser un teólogo, o un director de banco. Y la mujer, sin las trazas de esta divina inocencia propia del hombre, es demasiado duramente realista para alcanzar los vastos horizontes de la fantasía, que son los dominios del genio. Ahí como en todo, en este mundo el mejor resultado es una mezcla, una combinación de elementos. Un hombre ciento por ciento hombre, falla de este espíritu que le es necesario para dar una forma objetiva a sus sueños sublimes y secretos, y la mujer, que es solamente mujer y no lleva algo de la característica masculina, es demasiado inclinada al cinismo para ser capaz del sueño.

Lo que los hombres, en su egoísmo, confunden lamentablemente con falta de inteligencia, es simplemente, la incapacidad de la mujer para llegar a ciertas encrucijadas intelectuales, a ese conjunto de conocimientos insignificantes—verdadera colección de timbres cerebrales—que constituyen el bagaje mental de un hombre medio. Un hombre se figura que él es más inteligente que su mujer, porque sabe sumar mejor una columna de cifras y porque comprende la jerga imbécil de la Bolsa; o porque está iniciado en las minucias de cualquier profesión sórdida o degradante como la de jurista o de comerciante de jabones.

Pero estos vanos talentos, todos superficiales, cuya adquisición pide el mismo esfuerzo mental que el hecho que reclama para un chimpancé el aprender a atrapar una moneda, o a frotar un fósforo, no deben nada a la inteligencia; todo este bagaje de un hombre de negocios de tipo medio, es casi infantil.

No se necesita más sagacidad para conducir una intriga diplomática que para dosificar una cierta cantidad de malos medicamentos; ni para manejar y elaborar un derecho casi siempre malo que para conducir un taxi. No hay observador, por poco que conozca el común de los hombres de negocios, la generalidad de muchos profesionales, que no se asombre por su letargía intelectual, por su ingenuidad incurable y por la falta desesperante de sentido común. Charles Francis Adams, después de una larga vida pasada entre hombres de Estado, en su intimidad, fue quien declaró que no había oído jamás entre ellos, nada que mereciese ser oído. Eran hombres valientes, nos dice, pero que desde el punto de vista intelectual resultaban tan crudos como cualquier tipo de término medio.

¿Y no es evidente que si muchos de tales hombres fuesen realmente inteligentes jamás llegarían a estúpidas empresas, las cuales realizan, dando prueba de su nulidad? Esta teoría—de la cual no soy autor—es muy antigua y nace de la incompetencia bien conocida de los grandes hombres, por lo que se llaman «cosas prácticas». Tendríamos pena, en efecto, imaginándonos a Aristóteles y a Beethoven, multiplicando 3,472.987 por 99,999 sin cometer un error, o acordándose de un valor de la Bolsa durante dos años, o sabiendo al dedillo las señales de los bolsistas. O recordando, en fin, el valor de los fletes entre El Havre y New York. Tampoco los imaginamos como expertos en golf o en billar, o en tantas otras cosas en que cualquier jovenzuelo es competentísimo.

En su importante estudio sobre el gobierno británico, Havelock Ellis, constata que la capacidad para estas pequeñas especialidades falta a todos los grandes hombres. Hasta en la manera de anudar su corbata les falta chic. No saben nada, por lo general, los grandes hombres, de base ball; y la contabilidad y la partida doble y hasta la política siguen siendo misteriosos para ellos!

Los juegos de los partidos políticos nunca son entendidos por un verdadero grande hombre. Y muchas veces son impotentes los genios para comprender ciertas cosas que el hombre mediocre comprende muy bien. En todos los tablados diarios, son muchas veces sobrepasados los genios por hombres que intelectualmente están a tanta distancia de ellos, como una pulga de un caballo. Y esta característica—la capacidad para mil futelezas mentales—no la tienen los grandes hombres ni las mujeres. Hay, pues, cierta feminidad en los hombres superiores.

¿Y qué cosa más evidente, en efecto, que la ineptitud de la mujer para las pequeñas especialidades del hombre medio? Se sabe pocas veces que una mujer alcance éxito en una de esas profesiones donde todo no es sino astucia, como la de abogado, la de relojero, la de afinador de pianos, la de contabilidad o contramaestre; tampoco hay razón exterior para impedir, por ejemplo, que la mujer se haga cirujano; la vía está abierta, las ventajas materiales, podemos decir, que son importantes y el pudor de numerosas clientes haría buscar de preferencia a una mujer-cirujano. A pesar de ello, las mujeres que se dedican a la cirugía son poco numerosas; tampoco hay motivos para que la mujer no pueda distinguirse en las barras de la justicia, como abogado, o como redactor de periódicos, o como directora de fábricas. Muchas veces resulta reducido el número de las que hacen esto, pero en ellas se ve competencia, y luchan victoriosamente.

Ahora hay ciertas causas interiores que impiden la llegada de cada uno de los sexos a ciertos menesteres. Tal vez residan en esta exclusiva preocupación de las grandes realidades y en esta impaciencia ante las cosas mezquinas y falsas, en este horror a la rutina que tiene el hombre verdaderamente superior. Y aun en las ocupaciones que según la tradición le son propias, la mujer raramente trabaja con ese automatismo y ese es-

píritu de convención con que trabaja, y del cual se enorgullecen, algunos hombres vulgares.

En las experiencias—en la medida de las experiencias en que lo he podido constatar—hechas sobre animales y en algunas tímidas disecciones autorizadas por la ley, no hay ninguna razón biológica para que la mujer sea de una perspicacia superior. Es decir, su superioridad no reside en alguna ventaja anatómica o física. La máquina femenina, en su esencia, no es mejor que la masculina. La mujer parece que posee un cerebro menos voluminoso que el del hombre, pero no en proporción de su peso. Sus reacciones nerviosas coordinaciones musculares no son tan prontas. Tiene muchos vicios de construcción y está infestada de parásitos microscópicos; sus orejas salen muchas veces absurdamente; muchas veces también sus sentidos son obtusos... Por lo demás, sufre todas las perturbaciones orgánicas que sufre el hombre. Hombre y mujer tienen, en el fondo, la misma debilidad y los mismos apetitos. Y reaccionan de una manera casi análoga ante todos los agentes químicos y mecánicos. Una dosis de ácido cianhídrico administrada por la boca a la mujer—la más inteligente—le produce un efecto igual que el que le produciría la misma gota al decano de los embajadores. Y unos cuantos cocktails, hacen que la mujer menos emotiva se haga sentimental, y si abusa, se convierte en ser tan detestable como cualquier bebedor.

Ahora, la perspicacia y sagacidad de la mujer no se explican por una particularidad de su constitución, ni por una «ventaja» de su naturaleza física. Es necesario buscar la causa, al contrario, en una «desventaja» física, es decir, en la inferioridad mecánica de su cuerpo, en su falta relativa de dinamismo; en cierta deficiencia de la «máquina brutal». Una mujer no puede levantar el mismo peso que un hombre: tampoco puede marchar como un hombre, ni desplegar tanta energía mecánica, en otros dominios. No puede, por ejemplo, soportar la

fatiga tan largo tiempo como el hombre, y es así que la misma ley—que no siempre es sabia—sin embargo, prevee que, verbigracia, en caso de un naufragio, o en cualquier otro peligro, casi siempre es la mujer la que muere primero, por menos resistencia. Y tal vez sea esta fragilidad física la que ha dado a la mujer esa vivacidad y esa eficacia de sus facultades intelectuales. Hace ella lo que cualquier otro organismo sano y elástico hubiese hecho en caso parecido. Ha encontrado una compensación de su impotencia en un dominio, y ha utilizado mejor sus recursos en otro dominio.

Por una parte, su suma ha sido muy aumentada por la selección natural, de modo que cada mujer, hereda cierta vivacidad mental extramasculina como simple función de su feminidad. Y por otra parte, cada mujer hereda igualmente la admisión a esta tradicional sabiduría, que constituye la filosofía esotérica de la mujer en general.

